

LOS ALAMOS DE BINSEY

(TALADOS EN 1879)

**M**IS álamos queridos, que en aéreas prisiones subyugaban,  
subyugaban o extinguían en su fronda el sol brincante,  
todos talados, talados, están todos talados:  
de una lozana y ondeante hilera  
no ha sido respetado uno tan sólo  
para brizar su ensandaliada sombra,  
que nadaba o se hundía  
en el prado, en el río, en la ribera de retorcida hierba  
por la que el viento vaga.  
Oh, si supiéramos lo que hacemos  
al cavar y tajar  
jacuchillar y desmembrar el arreciante verde!  
Pues la campiña es tan tierna  
al tacto, su ser tan delgado  
que, cual esta esfera bruñida y vidente  
un pinchazo no más y cesa de ser ojo,  
donde, sí, aun donde intentamos  
enmendarla, la acabamos,  
al tajar y cavar:  
los que vienen después adivinar no pueden la belleza que fué.



*Diez o doce, únicamente diez o doce  
golpes devastadores desindividualizan  
la escena dulce y única,  
escena rural, una escena rural,  
escena rural única.*

Gerard Manley Hopkins nació en 1844 en Stratford, se convirtió al catolicismo en 1867 y entró poco después en la Compañía de Jesús. Biografía externa sin relieve. A su muerte en 1889 dejó una serie de poemas —no excesivos por desgracia— que fueron publicados en 1918 por Roberto Bridges, su amigo. Desde entonces han ejercido una influencia enorme sobre una parte de la poesía inglesa. Y hoy con Eliot, Pound y Dylan Thomas, Hopkins sigue siendo uno de los poetas más leídos.

Por su transparente densidad, por el fuego intelectual, por la complejidad estilística y verbal y la musicalidad delicada y poderosa Hopkins es un poeta de excepción. Y en la época victoriana un verdadero milagro literario. Dámaso Alonso, que lo conoció bien por haber traducido varias composiciones suyas, piensa en un Góngora con la hondura espiritual de San Juan de la Cruz, o bien en un San Juan de la Cruz con las complejidades y rarezas de Góngora.

En todo caso aún a través de la traducción podrá apreciarse la sensibilidad alerta a la belleza, el temblor para percibir las menores vibraciones, y la inteligencia escudriñadora que forjón el mundo poético del jesuita inglés.

(Traducción y nota de José  
Antonio Roig, S. J.)

